

LUIS CORTES

Las diferencias lingüísticas motivadas por el sexo son objeto de estudio, cada vez más extendido, tanto en trabajos sociolingüísticos como pragmáticos. A partir de los últimos años del decenio de los sesenta, los sociolingüistas vinieron a probar cuantitativamente algunas de las ideas que ya habían expresado los dialectólogos; la variación asociada al sexo de los informantes está documentada, entre otros, en lugares tan diferentes como Nueva York (1966), Bahía Blanca (1979), Belfast (1980), Caracas (1986) o Las Palmas de Gran Canaria (1990). Como más acuñada, estaba la opinión de que las mujeres eran más conservadoras que los hombres, es decir, guardaban con mayor celo estadios antiguos de la lengua -Badía (1952), G. Salvador (1952), H. Cadergren (1973), etc.-. Tal vez fuese O. Jespersen, el gran lingüista danés, el primero que se interesó de modo no incidental por la cuestión, hasta el punto de dedicarle un capítulo, «*The woman*», de un libro que hoy sigue siendo cita obligada entre los lingüistas; en él ya aparecían esbozados algunos de los temas que, con el tiempo, habrían de ser centro de interés; por ejemplo, se hablaba del conservadurismo: «*el conservadurismo y la modestia de la mujer les impide la innovación lingüística, en tanto que el hombre es capaz de crear new, fresh expressions*» (pág. 247).

Labov, en la obra antes citada, llegó a la conclusión de que cuando eran similares las características sociales de ambos sexos, las mujeres de Nueva York hablaban una variedad de lengua más conservadora que los hombres, diferencia que se hacía más marcada cuanto más formal fuese la situación. Idéntica fué la opinión de Trudgill, en su estudio del habla de Norwich; no obstante, en este último trabajo había unas interesantes matizaciones: ni los hombres son siempre innovadores ni las mujeres siempre conservadoras. Unos y otras pueden ser una cosa u otra según que el cambio lingüístico implique o no aproximación a la norma estándar o a una variedad de prestigio; en ambos casos (norma estándar o variedad de prestigio) suelen ser encabezados por las mujeres; cuando el cambio es de signo contrario, lo comienzan los hombres. Esta aportación, confirmada por estudios posteriores como el de S. Romaine, en Edimburgo, o el, ya citado, de Lesley Milroy, en Belfast, supuso reemplazar el tradicional conservadurismo (término que ya hoy se considera inadecuado) por la «consciencia de estatus» en la mujer. Son muchos los trabajos que muestran unos valores más altos entre las informantes femeninas cuando se trata de formas de mayor reconocimiento y, por tanto, más

bajo para las variantes vernaculares. La explicación que se ha solido dar a esta más que demostrada realidad lingüística está relacionada con la mayor necesidad por parte de la mujer de adquirir un estatus por medios distintos al hombre, entre los cuales está su forma de habla. Curiosamente, dicha superioridad lingüística no ha redundado en reconocimiento alguno, lo que llevó, en 1989, a las sociolingüistas norteamericanas D. Cameron y J. Coates a preguntarse: «*si el habla de las mujeres está más próxima a la norma en tanto que la de los hombres la transgrede en más ocasiones, ¿por qué no son estos conceptuados como hablantes de inferior categoría?*». Decíamos que no había redundado, y ahora añadimos que no redundará nunca, porque no sólo la comprensión que tiene el ser humano de la realidad está profundamente relacionada con el uso de signos verbales, sino que éstos no son periféricos a la relación hombre-realidad, sino constitutivos, lo que nos obliga a contestar de forma afirmativa a preguntas como la siguiente: ¿es posible que el prestigio asociado con ciertas variables no tenga el mismo valor en el habla masculina y femenina?. Y en el aserto está gran parte del desconocimiento, y en él, la causa, o gran parte de ella, del silencio que hasta ahora ha seguido a ese querer saber de las dos inquietas y «celosas» sociolingüistas americanas.